



## XI

**P**OR más que sabía Pedro que hasta las once no podía presentarse en el palacio del cardenal Sanguinetti, tomó uno de los trenes de la mañana y á las nueve se apeaba en la no muy grande estación de Frascati. Había estado antes allí durante uno de sus días de forzada ociosidad, aprovechándolo para hacer esa clásica expedición de los castillos romanos que van desde Frascati á Rocca di Papa y de Rocca di Papa á Monte Cave, y estaba embelesado dando, durante dos horas, uno de esos paseos que calman, recorriendo las primeras laderas de los montes Albanos en las que está edificado Frascati entre viñedos, olivares y encañados, dominando, desde el inmenso mar rojizo de la campiña, como desde lo alto de un promontorio, hasta la lejana Roma que blanquea semejante á un enorme islote de mármol, á seis largas leguas de allí.

¡Ah! ¡Frascati! ¡Esa población sobre una altura cu-

bierta de verdura al pie de las umbrosas arboledas del Tusculum, con su terraza famosa desde la que se disfruta la vista más hermosa del mundo, con sus antiguas villas patricias de elegantes y orgullosas fachadas del Renacimiento, sus parques magníficos, siempre verdes y plantados de cipreses, de pinos y de encinas! Era aquello una dulzura, una alegría de la vista, una seducción de la que no se habría cansado nunca. Y desde hacía más de una hora vagaba deliciosamente embelesado por los caminos bordeados por viejos nudosos olivos; por cubiertas veredas sombreadas por los copudos y frondosos árboles de las heredades vecinas; por los perfumados senderos al extremo de los que, en cada recodo, desarrollábase la campiña hasta lo infinito; paseábase así, cuando de pronto tuvo un encuentro que, en el primer momento, le contrarió.

Habíase internado, cerca de la estación, en unos terrenos abandonados, antiguos viñedos en los que de algunos años á aquella parte, se habían hecho grandes obras para cimentar modernas construcciones y se quedó muy sorprendido al ver allí una victoria que llegaba de Roma y á la que estaba enganchado magnífico tronco de caballos. Mayor fué su sorpresa cuando vió que el carruaje se paraba á su lado y que le llamaban desde el interior.

—¡Cómo! ¿Estais aquí, señor abate Froment, tan temprano y de paseo?

Reconoció entonces al conde Prada, que habiéndose apeado dejó que el carruaje vacío siguiese su camino, mientras que él recorría á pie y al lado del presbítero los dos ó trescientos metros últimos. Después de

cambiar un cordial apretón de mano le explicó cual era su gusto.

—Sí, raras veces apelo al tren y generalmente acostumbro á venir en coche. Eso sirve de paseo á mis caballos... Sabreis ya que tengo algunos intereses por aquí, un gran negocio de construcciones que, por desgracia, no marcha muy bien, y esa es la causa de que, á pesar de lo avanzado de la estación, véome obligado á venir con más frecuencia de lo que yo quisiera.

Pedro estaba, en efecto, enterado de esa historia, los Boccanera se habían visto obligados á vender su suntuosa villa, edificada por un cardenal antepasado suyo, bajo la dirección y planos de Jacobo de la Porte, allá á mediados del siglo XVI, una régia residencia veraniega, con admirables umbrías, cenadores, estanques, cascadas y sobre todo una terraza, célebre entre todas las del país, que se adelantaba lo mismo que un cabo por cima de la campiña romana, cuya inmensidad sin fin va desde las montañas de la Sabina hasta las arenas del Mediterráneo. En las particiones, había recibido Benedetta de su madre grandes viñedos, en la parte baja de Frascati, que aportó en dote á Prada en el momento en que la locura de la piedra soplaba desde Roma á las provincias. A Prada habíasele ocurrido la idea de construir un barrio entero de hotelitos modestos para burgueses como los que pueblan los arrabales de París; habíanse presentado muy pocos compradores, sobrevino la catástrofe económica y liquidaba con mucho trabajo aquel malhadado negocio, después de haber apartado de él, desde el día en que se separaron, los intereses de su esposa.

—Además, con un coche se llega fácilmente á todas partes, se va y se viene cuando uno quiere,—siguió di-

ciendo,—mientras que con el tren se es esclavo de las horas. Hoy por la mañana tengo una cita con destajistas, peritos y abogados, y no sé el tiempo que tardaré. ¿No es verdad que este es un país maravilloso? Tenemos mucha razón al estar orgullosos de él en Roma. En vano tengo yo muchos quebraderos de cabeza, porque siempre que vengo me late el corazón de alegría.

Lo que no decía Prada, era que Lisbeth Kauffmann, su amiga como él la llamaba, había pasado el verano en uno de aquellos hotelitos nuevos, en donde había instalado su estudio de artista caprichosa, y la visitó toda la colonia extranjera que gracias á su alegría y á su pintura, toleraba, lo bastante para que fuese libre la irregularidad de la situación en que se hallaba desde la muerte de su marido. Habíase concluido por aceptar su preñez y hacía quince días había vuelto á Roma para dar á luz un robusto muchacho, y la venida al mundo de éste, reanimó otra vez en los salones blancos y en los salones negros todas las hablillas acerca del inminente divorcio de Benedetta y de Prada. El amor de este á Frascati formábanlo seguramente tiernos recuerdos, y la alegría grande de orgullo que le producía el nacimiento de su hijo.

Pedro, que experimentaba en su presencia una cordedad, una especie de malestar, porque le dominaba una instintiva repulsión hácia los hombres de dinero y de presa, quiso corresponder á su perfecta amabilidad pidiéndole noticias de su padre, del anciano Orlando, del héroe de la conquista.

—Dejando á un lado las piernas, se encuentra admirablemente y vivirá cien años, ¡pobre padre! ¡Cuán dichoso habría sido yo al poderle instalar este verano

en una de esas casitas! Pero no quiso acceder nunca á mis deseos y se entercó en no querer salir nunca de Roma, como si tuviese miedo de que se la arrebatasen durante su ausencia.

Echóse á reír, divirtiéndose él solo en tomar á broma la edad heroica y pasada de moda de la conquista, y luego añadió:

—Ayer me habló de vos, señor abate, y le admiraba mucho que no hayais vuelto á verle.

Esto apenó á Pedro que, en realidad, había empezado á profesar al anciano Orlando una ternura respetuosa. En dos ocasiones, despues de la primera visita, había vuelto á saludarle y cada vez habíase negado el anciano á hablar de Roma hasta tanto que su joven amigo no lo hubiese visto todo, comprendido y experimentado todo. Más adelante tendrían tiempo para hacerlo, cuando ambos pudiesen hablar con más fundamento.

—Os suplico que me hagais el favor de manifestarle que nunca le olvidaré,—dijo Pedro,—y que si mi visita se retrasa es porque deseo complacerle; pero no me marcharé sin ir á decirle cuanto me conmovió su acogida.

Siguieron ambos andando lentamente por el camino que formaba cuesta y por entre algunas nuevas villas de las que, la mayor parte, estaban sin concluir. Y cuando Prada supo que Pedro había ido allí con objeto de presentarse al cardenal Sanguinetti se rió de nuevo, pero con su risa de lobo amable, que dejaba al descubierto sus blancos dientes.

—Es verdad, se halla aquí desde que el papa está enfermo... ¡Ah! ¡En que estado de fiebre le vais á encontrar!

—¿Por qué?

—Pues porque las noticias de su santidad no son muy buenas hoy por la mañana. Cuando salí de Roma corría el rumor de que había pasado una noche horrosa.

Detúvose en un recodo del camino, ante una antigua capilla, modesta iglesia de una gracia solitaria y triste, situada en la linde de un bosque de olivos. Y á su lado encontrábase un vetusto caserón que se caía á pedazos, el antiguo rectorado, sin duda, y del que salió un presbítero alto, de nudosos miembros, faz grande y terrosa, el que dando dos vueltas á la llave, cerró rudamente la puerta antes de alejarse.

—¡Mirad!—dijo en tono de burla el conde.—Ahí tenéis á uno á quien debe latirle también con fuerza el corazón y que con seguridad se vá en busca de noticias á casa de vuestro cardenal.

Muy sorprendido Pedro quedóse mirando á Prada.

—Le conozco y es seguramente á él á quien ví,—dijo,—al día siguiente de mi llegada, en casa del cardenal Boccanera, al cual llevó un cesto de higos; al mismo tiempo que iba á pedirle un buen certificado para su hermano pequeño, al que por un acto de violencia, creo que por una puñalada, habían metido en la cárcel, certificado que por cierto le negó rotundamente el cardenal.

—Es el mismo, no lo dudeis porque en otra época era un familiar de la villa de los Boccanera, en la que su hermano estuvo de jardinero. Hoy es el cliente, la hechura del cardenal Sanguinetti. ¡Ah! ¡Es una figura de estudio el tal Santobono, un tipo como supongo no tenéis ninguno en Francia! Vive completamente solo en ese caserón que se derrumba, en este desierto de Santa

María de los Campos, en donde no se viene á oír misa mas que tres veces al año. Si, esto es una verdadera canongía que le permite vivir con sus mil francos del beneficio, como un labrador filósofo y cultivando ese huerto bastante grande que veis ahí detrás de esas elevadas tapias.

En efecto; las tapias se extendían sobre la pendiente detrás del curato y muy bien cuidadas, como un refugio hurraño en el que, ni aún las miradas, podían penetrar. Por encima de la tapia de la izquierda, veíase una higuera soberbia, una higuera gigante, cuyas anchas hojas recortábanse en negro sobre el fondo azul claro del cielo.

Prada echó á andar otra vez y siguió hablando de Santobono, que era evidente le interesaba. Un clérigo patriota, un garibaldino que había nacido en Nemi, en ese rincón, que aun es salvaje, de los montes Albanos, pertenecía al pueblo y estaba aun muy apegado al terruño; pero que había estudiado y sabía lo bastante de historia para conocer el pasado de Roma y soñar en el restablecimiento del imperio romano en favor de la joven Italia. Y era de los que apasionadamente creían que solo un gran papa podía realizar ese ensueño primero, apoderándose del poder y luego conquistar las demás naciones. ¿Había cosa mas sencilla; el papa mandando á millones de católicos? ¿Acaso media Europa no estaba con él? Francia, España, Austria cederían en cuanto viesen que era poderoso y que dictaba leyes al mundo. En cuanto á Alemania y á Inglaterra y á todas las naciones protestantes, serían inevitablemente conquistadas, pues el papado era el único dique que se podía oponer al error, debiendo llegar un día en que este se estrellase á sus piés. Apesar de todo esto, habíase de-

clarado políticamente en favor de Alemania, dominado por la creencia de que era preciso aplastar á Francia, para conseguir que ésta se arrojase en brazos de la Santa Sede. Y las contradicciones, las fantasías y las mas locas imaginaciones chocaban entre sí en el fondo de aquella humosa cabeza en la que ardían las ideas, llegando pronto á la violencia, bajo la primitiva rudeza de la raza; era un bárbaro del Evangelio, un amigo de los humildes y de los que sufren, pero que pertenecía á la familia de los sectarios exaltados, capaces de grandes virtudes y de grandes crímenes.

—Sí,—siguió diciendo Prada,—se entregó en cuerpo y alma al cardenal Sanguinetti, porqué ha visto en él al gran papa posible, al papa de mañana, al que debe convertir á Roma en capital única de todos los pueblos. Y esto no está tampoco desprovisto de cierta ambición mas baja, por ejemplo, la de conquistar alguna canongía, ó la de encontrar un auxilio poderoso en los pequeños tropiezos de la vida, como el del día en que tuvo necesidad en acudir en socorro de su hermano. Se cuenta con la suerte de un cardenal, lo mismo que se cuenta con la probabilidad de que salga un terno de la lotería... Si el cardenal llega á ser papa, se gana una fortuna... Ahí teneis el porqué le veis desde aquí, seguir su camino dando grandes zancadas, pues lleva prisa para saber si León XIII vá á morir, y su terno de lotería saldrá premiado con Sanguinetti cubierto con la tiara.

Con mucho interés y lleno de inquietud, preguntó Pedro:

—¿Creeis que el papa está enfermo hasta ese punto?

El conde sonrió y levantando los brazos al aire, respondió:

—¡Ah! ¿Acaso se sabe? Todos están enfermos cuando tienen interés en ello; pero yo creo que realmente lo está; se trata de un desarreglo de los intestinos y esto á su edad es siempre grave pues la menor indisposición puede ser fatal.

Dieron algunos pasos más en silencio, y poco después el presbítero hizo una nueva pregunta:

—Entonces si la Santa Sede estuviera vacante, ¿tendría el cardenal Sanguinetti grandes probabilidades de ser elegido?

—¡Grandes probabilidades! ¡Grandes probabilidades! Hé ahí una cosa que no se sabe nunca. La verdad es que se les clasifica entre los candidatos posibles, y lo que es si el deseo de ser papa fuese suficiente, Sanguinetti sería con seguridad el papa futuro, porque dedica á ese deseo un arranque de pasión, una fuerza de voluntad extraordinaria y le abraza hasta los huesos esa suprema ambición. Eso mismo es lo que constituye en debilidad, porque se gasta y lo comprende; por eso debe haberse decidido á todo para los últimos días de lucha. Estad seguro de que, si vino á encerrarse aquí en estos críticos momentos, fué porque así podrá dirigir mejor la batalla desde lejos, al mismo tiempo que aparenta un deseo de retiro, un desprendimiento del mejor efecto.

Y con mucha complacencia, extendióse en detalles acerca de Sanguinetti, cuyas intrigas le agradaban lo mismo que su excitado afán de conquista y la excesiva actividad un tanto enredadora. Le había conocido á su regreso de la nunciatura de Viena, viéndole muy duchos en toda clase de asuntos y muy decidido á poner la mano sobre la tiara. Esa ambición lo explicaba todo, lo mismo sus querellas y sus acomodamientos con el

papa actual, que su ternura hacía Alemania, seguida de una brusca evolución hacía Francia y sus actitudes diversas ante Italia, con la que al principio deseó una inteligencia para después encerrarse en una intransigencia absoluta, pues no quería hacer ninguna concesión, mientras tanto no evacuasen Roma. Y en adelante parecía haberse ceñido á eso deplorando el reinado flotante de Leon XIII para conservar su ferviente admiración á Pío IX, el gran papa heroico de la resistencia cuyo buen corazón no era incompatible con una inquebrantable firmeza. Esto equivalía á decir que él restauraría la benevolencia sin debilidades de la Iglesia, dejando á un lado las peligrosas complacencias de la política.

Y sin embargo de esto, Sanguinetti no soñaba en el fondo más que con la política y había tenido que formular un programa, voluntariamente muy vago, sí, pero que sus clientes y todas sus hechuras iban esparciendo con un aire de místico extasiado misterio. Desde que había tenido el papa otra indisposición, que databa de la primavera, vivía en perpétuas angustias y en mortal inquietud porque había circulado el rumor de que los jesuitas se preparaban á sostener al cardenal Boccanera, por más que éste no los estimaba mucho. Sin duda Boccanera era un intransigente, un hombre rudo, de una piedad extraordinaria y peligrosa en este siglo de tolerancia, y perteneciendo al patriciado, ¿no significaría su elección que el papado no renunciaría jamás al poder temporal? Desde entonces el cardenal Boccanera habíase convertido en hombre temible á los ojos de Sanguinetti que no vivía al verse despojado, pasando horas enteras buscando combinaciones para deshacerse de aquel todo poderoso rival, propa-

lando sin miramiento alguno las más escandalosas historias acerca de Darío y Benedetta, sin dejar ni un momento de presentarle como al Antecristo cuyo reinado debía consumir la ruína del papado. Su última combinación, para reconquistar el apoyo de los jesuitas, fué la de hacer que sus familiares manifestasen en todas partes que no sólo mantendría intacto el principio del poder temporal si no que además se obligaba á reconquistar ese poder. Y hería además de esto todo un plan que se revelaban misteriosamente al oído, un plan de éxito seguro, que hacía como el rayo en todos sus resultados, á pesar de las concesiones aparentes; dejar de defender á los católicos, de votar y de ser candidato y enviar á la cámara cien miembros primero, doscientos después, trescientos luego para derribar la monarquía de Saboya é instalar en vez de ésta una especie de vasta confederación de las provincias italianas de la que el Santo Padre, otra vez posesionado de Roma, debía ser el presidente augusto y soberano.

Y al terminar ese relato echóse Prada á reír otra vez dejando al descubierto sus blancos dientes que no estaban hechos para soltar la presa que cogiesen.

—Ya estáis viendo que tenemos que defendernos por que se trata de echarnos de aquí, pero por fortuna, paratodo eso hay pequeños impedimentos; pero es indudable que semejantes elucubraciones ejercen una acción enorme sobre ciertos cerebros exaltados, como el de Santobono, por ejemplo. Y ahí tenéis á uno al que Sanguinetti llevaría lejos, muy lejos, con una palabra, si se le antojase hacerlo así. ¡Ah! ¡Y qué tiene buenas piernas! Miradle allá arriba, ya llegó y entra en el palacio del cardenal, esa villa toda ella blanca y que tiene los balcones esculpidos.

Veíase, en efecto, el palacio, una de las primeras casas de Frascati, de construcción moderna y estilo Renacimiento y cuyas ventanas abríanse sobre la inmensidad de la Campiña Romana.

Eran las once y en el momento en que Pedro, para irse á su vez á ver al cardenal se despedía del conde, le dijo éste:

—Si fuéreis muy amable haríais una cosa que os voy á indicar y es la de que almorzaseis conmigo ¿queréis aceptar? En cuanto terminéis vuestra visita venid á reuniros conmigo allá abajo á aquel restaurant que tiene la fachada de color de rosa. En cuanto á mí, necesito una hora para arreglar mis asuntos y celebraré mucho poder comer con vuestra compañía.

Al principio rehusó Pedro y se negó; pero no había excusa posible y al fin tuvo que rendirse vencido por el trato verdaderamente agradable de Prada. En cuanto se separaron no tuvo que hacer más que subir una calle para hallarse á la puerta del palacio del cardenal en el que era muy fácil la entrada, no solo por una necesidad natural de expansión, si no además por el cálculo de representar el papel de hombre popular. En Frascati, sobretudo, las puertas abríanse de par en par, hasta delante de las sotanas más humildes. Y á Pedro, muy admirado por semejante recibimiento al recordar el mal humor del criado que le aconsejó que no hiciera el viaje, porque á su eminencia no le agradaba que le molestasen cuando estaba delicado de salud, recibióle enseguida. A la verdad nada de cuanto había allí revelaba que hubiese un enfermo por que todo sonreía, todo brillaba en aquella villa espléndida, iluminada por el sol. El salón de espera, en el que acababan de dejarle solo, alhajado por cierto con unos muebles de caoba y

terciopelo rojo de un gusto detestable, no tenía ni lujo ni comodidad; pero en cambio alegrábalo la luz más hermosa del mundo y tenía vistas sobre esa campiña admirable tan llana, tan desnuda y, sin embargo, de una belleza sin igual, todo ensueño en el espejismo continuo del pasado. Así, mientras esperaba á que el cardenal le recibiese, plantóse ante una de las vidrieras abiertas de par en par de un balcón contemplando con mirada vaga el mar sin fin de hierba que llegaba hasta las blancuras lejanas de Roma dominadas por la cúpula de San Pedro, una manchita brillante que apenas tenía el tamaño de la uña del dedo meñique.

Hacia muy poco que se hallaba allí cuando llegó hasta él un rumor de conversación cuyas palabras, que percibía con bastante claridad, le sorprendieron. Se inclinó y se enteró de que era su eminencia en persona quien, en pie en el balcón inmediato, hablaba un cura al que sólo se le veía la sotana. Enseguida reconoció en el último á Santobono. Su primer movimiento fué el de retirarse por discreción, pero las palabras que á continuación llegaron á sus oídos le hicieron quedarse.

—Vamos á saberlo dentro de un momento,—decía su eminencia, con su voz gruesa,—Envié á Eufemio á Roma y no tengo confianza más que en él. Ahí está el tren en que regresa.

Así era: un tren, diminuto aún, como el juguete de un niño, entraba en aquel momento en la vasta llanura. Debía haber sido para esperar su llegada para lo que Sanguinetti se había asomado al balcón apoyándose en su balaustrada. Y desde aquel lugar tenía fijos sus ojos en Roma, allá á lo lejos.

Santobono pronunció con vehemencia algunas pa-

labras que Pedro no pudo oír con claridad; pero enseguida replicó el cardenal y se le oyó mejor.

—Sí, sí, querido, esa catástrofe sería una gran desdicha ¡ah! ¡Qué Dios nos conserve aún durante muchos años á su santidad...

Se calló y como no era hipócrita, acabó de completar su pensamiento.

—Al menos que nos la conserve en los momentos actuales por que me dominan crueles angustias al ver que los partidarios del Antecristo han ganado mucho terreno en estos últimos tiempos.

Santobono no se pudo contener y exclamó:

—¡Oh! ¡Vuestra eminencia obrará y triunfará!

—¿Yo, querido? ¿Y qué queréis que haga? No estoy más que á disposición de mis amigos, de los que tengan fé en mi y únicamente para que la Santa Sede salga victoriosa. Ellos son los que deben trabajar cada uno en la medida de sus fuerzas y de sus medios para cortar el paso á los malos, de manera que los buenos triunfen... ¡Ah! ¡Si el Antecristo llegase á reinar!...

Ese nombre del Antecristo que se repetía tanto, turbó mucho á Pedro que de pronto se acordó de lo que le había dicho el conde: que el Antecristo era el cardenal Boccanera.

—Fijaos bien en esto, amigo mío: el Antecristo en el Vaticano, consumando la ruína de la religión con su orgullo implacable, su voluntad de hierro, su sombra locura del vacío, por que no es posible dudar más, es la bestia apocalíptica de la muerte anunciada por las profecías, la que amenaza tragárselo todo, en su furiosa carrera á las tinieblas del abismo. Le conozco y sé que no sueña más que en la obstinación y en el hundimiento; es capaz de agarrarse á los pilares del templo

y los arrancará de cuajo para sepultarse entre las ruinas, lo mismo él que al catolicismo entero. No creo que pasasen arriba de seis meses sin que fuese arrojado de Roma, execrado por todas las naciones, odiado por Italia y obligado á pasear por el mundo el fantasma errante del último papa.

Un gruñido sordo, un ahogado juramento de Santobono acogió tan sombría predicción; pero el tren había entretanto llegado á la estación y entre los varios viajeros que de él se apearon distinguió Pedro un cura, cuya sotana, le azotaba las piernas, tan deprisa andaba. Era el abate Eufemio, el secretario del cardenal. Cuando vió que este se hallaba en el balcón, abandonó todo respeto humano y echó á correr para subir la cuesta que formaba allí el camino.

¡Ah!—exclamó su eminencia estremeciéndose de ansiedad.—Ahí está Eufemio. ¡Al fin vamos á saber lo que hay!

El secretario entró en el palacio y debió subir tan deprisa la escalera que Pedro le vió enseguida atravesar jadeante la sala de espera, en que él se hallaba, para desaparecer luego en el despacho del cardenal. Este abandonó el balcón para salir al encuentro de su mensajero, pero muy pronto volvió á ocupar su sitio, en medio de un tumulto de preguntas y exclamaciones, producido todo ello por las malas noticias.

—Entonces es cierto; ha pasado muy mala noche, su santidad no ha dormido ni un solo instante... ¿No os han dicho que tuvo cólicos? pues á su edad no hay nada tan peligroso... y eso puede llevarse en un par de horas. ¿Y que es lo que dicen los médicos?

Pedro no pudo entender la respuesta; únicamente dió lo que decía el cardenal replicando:

—¡Oh! ¡Los médicos no lo saben nunca! Aparte de que cuando no quieren hablar, es porque la muerte está cerca... ¡Dios mío! ¡Qué desgracia! ¡Qué desdicha si esa catástrofe no puede retrasarse algunos días!

Callóse y Pedro comprendió que otra vez tenía los ojos fijos allá abajo, en Roma, contemplando con toda su ambiciosa angustia la cúpula de San Pedro, la diminuta mancha brillante, que apenas tenía el tamaño de la uña del dedo meñique en medio de la inmensa llanura rojiza. ¡Qué perturbación! ¡Qué trastorno si el papa moría! Habría querido no tener que hacer mas que extender el brazo para cojer en el hueco de la mano la Ciudad Eterna, la ciudad sagrada, que no ocupaba en el horizonte más lugar que el de un montón de piedrecitas arrojadas allí por la pala de un niño. Soñaba ya con el cónclave, cuando los doseles de los demás cardenales se abatirían para no quedar más que el suyo inmóvil y soberano que le coronaría de púrpura.

—Teneis razón, amigo mio, es preciso obrar,—exclamó dirigiéndose Santobono,—puesto que se trata de la salvación de la iglesia... y además no es posible que el cielo no esté con nosotros, que no ansiamos más que su triunfo. Si es preciso, en el momento oportuno sabrá aniquilar al Antecristo.

Entonces fué cuando por primera vez oyó Pedro con toda claridad á Santobono, que decía con voz ruda, con una especie de salvaje decisión:

—¡Oh! ¡Y si el cielo tarda se le ayudará!

Esto fué todo lo que oyó; después no percibió más que un murmullo confuso. El balcón quedó vacío y su espera continuó en el soleado salón de una alegría tranquila y deliciosa. Abrióse de pronto de par en par la puerta del despacho y un criado le dijo que pasase.



Al hacerlo, se quedó muy admirado al encontrar solo al cardenal, pues, no había visto salir á los dos curas que debían haberse retirado por otra puerta.

Iluminado de lleno por una luz dorada, hallábase el cardenal en pie al lado de una ventana, con su rostro coloreado, de nariz acentuada, labios gruesos y aire de juventud, rechoncho y vigoroso á pesar de sus sesenta años. Había recobrado la amable sonrisa con que recibía por buena política á los más humildes. Y enseguida en cuanto Pedro se inclinó y le besó el anillo, le señaló una silla.

—Sentaos, querido hijo,—le dijo,—sentaos. Venís á verme por ese malhadado asunto de vuestro libro. Estoy muy satisfecho, pero mucho, al poder hablar con vos.

A su vez, cogió otra silla y se sentó ante ese balcón desde el que se veía á Roma, de la que parecía no podía apartarse. Apercibióse Pedro muy pronto de que apenas le escuchaba, teniendo los ojos fijos allá abajo, en la presa con tanta ansia deseada, mientras que él le decía unas cuantas palabras excusándose por haberse permitido molestarle en su retiro. No obstante, la apariencia de amable atención era perfecta, y se quedó maravillado ante la fuerza de voluntad que Sanguinetti debía tener para presentarse tan tranquilo, tan consagrado á los negocios en los momentos en que un viento de tempestad agitábase en él.

—Vuestra eminencia se dignará perdonarme...

—Hicistéis muy bien en venir á verme, puesto que mi quebrantada salud me obliga á permanecer aquí... Aparte de que ya me encuentro mucho mejor, y es muy natural que deseéis darme algunas explicaciones acerca de vuestro libro é ilustrar mi juicio. Es más, me

admiraba no haberos visto aún, porque sé que vuestra fé es grande y que no ahorráis las diligencias para convencer á vuestros jueces. Hablad, querido hijo, os escucho con toda la satisfacción que tendría al poderos absolver.

Dejóse Pedro arrastrar por estas palabras bondadosas, animándole por un momento la esperanza de ganar para su causa al todopoderoso prefecto del Índice. Parecíale ya que era hombre de rara inteligencia, de una cordialidad exquisita, ese antiguo Nuncio que había aprendido, primero en Bruselas y después en Viena, el arte mundano de despedir satisfechas á las personas, de las que se burlaba, prometiéndolas todo sin concederlas nada. Por esto recobró otra vez su fervor de apóstol para exponer sus ideas acerca del Roma de mañana, la Roma que soñaba, de nuevo señora del mundo, si volvía al cristianismo de Jesús, al amor ardiente á los pequeños y á los humildes.

Sonrió Sanguinetti, meneando la cabeza levemente, al mismo tiempo que exclamaba con embeleso:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Perfectamente. ¡Ah! ¡Pienso lo mismo que vos, querido hijo! No se puede decir mejor que vos lo decís... Eso es la misma evidencia, y con vos están todos los buenos espíritus.

Además, toda la parte de poesía, conmovíale profundamente, según decía. Le gustaba pasar, sin duda para rivalizar con León XIII, por un gran humanista de los más distinguidos, y había consagrado á Virgilio una ternura especial y sin límites.

—Sí, ya sé, ya sé vuestra página acerca de la primavera que vuelve para consolar á los pobres que durante el invierno han sufrido tanto con el frío; ¡oh! ¡la

leí tres veces! ¿Y dudáis de que está lleno el libro de giros latinos? He tomado nota de más de cincuenta expresiones que se podrían encontrar en las Eglogas. ¡Es un encanto vuestro libro! ¡Un verdadero encanto!

Como Sanguinetti no tenía nada de tonto, y comprendió que aquel modesto cura tenía una gran inteligencia, acabó por interesarse, no por Pedro, sino pensando en el partido que quizás podría sacar de éste. Era esta, en medio de la fiebre de intrigas que le consumía, su constante preocupación; sacar de cuantos Dios ponía en su camino todo cuanto le llevaban que pudiese ser útil á su propio triunfo. Y por un momento dejó de fijarse en Roma para contemplar cara á cara á su interlocutor, oírle hablar y preguntarse en seguida en qué podría utilizarlo, ó bien en la crisis por que atravesaba en aquellos momentos, ó más adelante cuando fuese papa; pero el presbítero cometió una vez más la falta de atacar el poder temporal de la Iglesia, y tuvo la malhadada ocurrencia de hablar de la nueva religión.

Con un gesto hízole callar el cardenal que, siempre sonriente y sin perder nada de su amabilidad, por más que su resolución, tomada ya desde hacía mucho tiempo, se confirmase en aquellos momentos en definitiva.

—Es indudable, hijo mío, que tenéis razón en muchos puntos, y con mucha frecuencia estuve de acuerdo con vuestros pensamientos; ¡oh! ¡por completo! mas ignoráis una cosa, y eso que no sabéis, es que yo soy aquí el protector de Lourdes; de manera que, después de leída esa página que escribisteis contra los padres de la Gruta, ¿cómo queréis que me pronuncie en favor vuestro contra aquéllos?

Pedro se quedó aterrado al enterarse de ese hecho

que realmente ignoraba, puesto que nadie había tenido la precaución de advertírselo. En Roma tienen todas las congregaciones ó instituciones católicas del mundo entero, un protector que es un cardenal, designado por el Padre santo, con la misión de representar y de defenderlas en caso de necesidad.

—¡Esos buenos padres!—siguió diciendo Sanguinetti con mucha dulzura.—Les dísteis una pena muy grande; en realidad tenemos las manos atadas, y no podemos aumentar su disgusto... ¡Si supiéseis cuán grande es el número de misas que nos envían! Conozco á más de un pobre cura que, á no ser por ellos, se moriría de hambre!

No quedaba más recurso que inclinarse. Pedro tropezaba una vez más con esa cuestión de dinero, con la necesidad en que se hallaba la Santa Sede, de asegurar su presupuesto, año bueno con año malo. Esta seguía siendo la esclavitud del Papa, al que la pérdida de Roma libró de los cuidados de reinar; pero al que la gratitud, forzada por las limosnas que recibía, le sujetaba, sin embargo, á la tierra. Las necesidades eran tan grandes que el dinero reinaba, convirtiéndose en la potencia soberana, ante la cual todo se plegaba en la corte de Roma.

Sanguinetti se puso en pie para despedir á la visita.

—Pero creedme, hijo mío, no debéis desesperaros. No tengo más que mi voto, mas os prometo que tendré en cuenta las excelentes explicaciones que me disteis... ¿y quién sabe? ¡Si Dios está á vuestro lado, El os salvará á pesar nuestro!

Esta era su táctica ordinaria, que tenía por objeto no impulsar jamás á nadie hasta el último extremo, no despidiéndole sin hacerle concebir alguna esperanza.

¿A qué conducía decirle á Pedro que la condenación era cosa hecha y que lo único que podía hacer era renegar el libro? Sólo un salvaje como Boccanera era capaz de inflamar con sus desprecios la cólera de las almas apasionadas y lanzarlas á la rebelión.

—Esperad, tened confianza,—le dijo con una sonrisa, como queriéndole indicar una porción de cosas que no podía revelarle.

Profundamente conmovido, parecióle á Pedro que renacía. Llegó hasta olvidar la conversación que había oído, esas ansias de la ambición, esa rabia concentrada contra el rival odiado y temido. ¿Entre los poderosos no podía la inteligencia reemplazar al corazón? Si ese cardenal llegaba á ser papa algún día, y si era cierto lo que había comprendido, ¿no sería tal vez el Papa esperado que se encargase de la tarea de reorganizar la Iglesia de los Estados Unidos de Europa, reina soberana del mundo? Le dió las gracias, sintiéndose muy emocionado, se inclinó y le dejó entregado á su ensueño, en pie, ante aquel balcón abierto, desde el que veía á Roma, á lo lejos, tan preciosa y reluciente como una alhaja, tal cual la tiara de oro y pedrería y con el esplendor de un sol de un día de otoño.

Era cerca de la una cuando Pedro y el conde Prada pudieron almorzar en una de las mesitas del restaurant en que se habían citado. Sus negocios les habían retrasado al uno y al otro; pero el conde parecía estar muy alegre, pues había arreglado á su gusto todas las cuestiones enojosas que le hacían cavilar. Y el mismo Pedro, reanimado por la esperanza, se abandonó, se dejó arrastrar por el goce de vivir y de disfrutar de aquel hermoso último día. Así, que el almuerzo fué muy agradable en aquella sala clara, soleada, pintada

con colores azul y rosa, y completamente desierta en aquella época del año. En el techo volaban los amorcillos, y los paisajes que decoraban las paredes, recordaban, de lejos, los castillos romanos. Comieron cosas frescas, bebieron ese vino de Frascati, que tiene un gusto á terruño tostado, lo mismo que si los antiguos volcanes hubiesen comunicado á la tierra algo de su fuego.

Durante largo rato, la conversación versó sobre los montes Albanos, cuya gracia, tan selvática, domina tan hermosamente la árida campiña romana, para alegría de los ojos. Pedro, que había hecho en coche la clásica excursión de Frascati á Nemi, conservaba aún en su mente el recuerdo encantador y hablaba con vehemencia de ella. Pasábase, al principio, por el pintoresco camino de Frascati á Albano, subiendo y bajando por el costado de las colinas llenas de encañados, viñedos y olivares, entre los cuales, abríanse á cada momento grandes perspectivas sobre la inmensa ondulada llanura de la campiña. A la derecha, encontrábase la aldea de Roca di Papa, en anfiteatro, blanqueando en una cima, por bajo de Monte Cave, cubierto de grandes arboledas. Desde este punto del camino, y cuando se volvían hacia Frascati, se vieron allá, en lo alto, en la linde de un bosque de pinos, las lejanas ruinas de Tusculum, grandes ruinas rojizas, recocidas por grandes siglos de sol, y desde donde el panorama, sin límites, debía ser admirable. Atravesábase después Marino, con su gran calle en pendiente, su vasta Iglesia, y el palacio ennegrecido y medio carcomido de los Colonna. Después de todo esto, y cerca de un bosque de verdes encinas, se bordeaba el lago Albano, espectáculo único en el mundo; con las ruinas de Alba-Longa, en

frente, al otro lado de las aguas inmóviles, claro espejo, el Monte Cave, á la izquierda con Roca di Papa y Palazzola; con Castel Gandolfo á la derecha, dominando el lago como desde lo alto de un acantilado.

En el cráter apagado, lo mismo que en el fondo de gigantesca copa verde, el lago dormía, silencioso y muerto, una superficie de metal fundido que la luz tornasolaba de oro por un lado, mientras que la otra mitad, en la sombra, parecía negra. Y el camino subía en seguida hasta Nemi, Castel Gandolfo, colgado sobre su roca, y semejante á un pájaro blanco, entre el lago y el mar; refrescado siempre por la brisa, hasta en aquellas horas más ardientes del estío. Esta población habíase hecho célebre en otro tiempo por ser villa de los papas, en la que á Pío IX le gustaba pasar indolentemente los días, y en la que León XIII no había puesto nunca los pies. Y en seguida, el camino empezaba á bajar, empezaban otra vez las verdes encinas, esas encinas célebres por su corpulencia; doble hilera de colosos, de mónstruos de retorcidos miembros y dos ó tres veces centenarios, y por último, se llegaba á Albano, á una población menos limpia, más anticuada que Frascati, un rincón de terruño que conservó algo de su primitivo olor selvático. Estaban allí también Ariccia, con su palacio Chigi, las laderas cubiertas de bosque, los puentes cruzando sobre gargantas desbordantes de sombra; estaban, asimismo, Genzano, también Nemi, y cada vez más selváticas, más atrasadas y hurafñas, más perdidas entre rocas y árboles.

¡Ah! ¡Qué recuerdo más imborrable conservaba Pedro de Nemi! De ese Nemi á la orilla de su lago, de ese Nemi tan delicioso desde lejos, de una aparición tan encantadora, evocada de las antiguas leyendas, de las

ciudades de hadas que nacen entre la umbría verdura del bosque y del misterio de las aguas; de esa Nemi de una suciedad repugnante cuando se está cerca, que se derrumba por todas partes, y á la que aun domina la antigua torre de los Orsini, lo mismo que si fuese el genio malo de los tiempos pasados, y que parece es el que conserva las costumbres feroces, la violencia de las pasiones y las puñaladas. De allí era ese Santobono, cuyo hermano había matado, y que él mismo dijérase estaba abrasado por una llama asesina, con sus ojos de crimen y relucientes como ascuas.

¡Y el lago! ¡El lago, redondo como una luna apagada, caída allí, en el fondo de su cráter, de esa copa más profunda y más estrecha que la del lago Albano, cubierta de árboles de un vigor y de una frondosidad prodigiosas! Los pinos, los olmos, los sauces llegan hasta la orilla con una oleada de ramas verdes que se cruzan y enlazan. Esa formidable fecundidad, nace de los continuos vapores que se desprenden del agua bajo la acción tórrida del sol, cuyos rayos se concentran en ese agujero lo mismo que si fuese en un horno. Es aquella una humedad cálida y pesada, que hace que los paseos de los jardines inmediatos se cubran de verde musgo, y que espesas nieblas coronen muchas mafñas la inmensa copa con blancos vapores, semejantes á un lechoso humo de brujería, de endiablados maleficios. Y Pedro se acordaba perfectamente de su malestar ante ese lago, en el que parecen dormir, en medio de una decoración tan admirable, las atrocidades antiguas, toda una religión misteriosa de prácticas abominables. Había visto el lago al acercarse la noche, entre la sombra de su cinturón de árboles, y semejante á una placa de metal empañado, negro y plateado y con una

pesada inmovilidad, y esas aguas tan claras, tan profundas y desiertas, sin una barca, esas aguas muertas, augustas y sepulcrales, produjéronle una impresión de indecible tristeza, una melancolía de muerte, la desesperación de los grandes celos solitarios, la tierra y las aguas henchidas por el dolor mudo de los gérmenes é inquietantes de fecundidad. ¡Ah! ¡Esas orillas negras que se hundían; ese lago negro y profundo que yacía allá abajo, en el fondo!...

El conde Prada se echó á reír al enterarse de esta impresión.

—Sí, sí, es cierto; el lago de Nemi no tiene buen aspecto todos los días. Le he visto en días nublados, con color de plomo; en los de gran sol, á pesar de iluminarlo éste de lleno, no mucho más alegre ni animado. En cuanto á mí, lo confieso, me moriría de aburrimiento si me obligasen á vivir frente á frente de esas aguas tan mudas; pero hay allí grandes encantos para los poetas y las mujeres románticas, para esas que se mueren por los amores vehementes y de trágico desenlace.

Después, levantáronse los dos comensales y fuéronse á tomar café á una terraza, en la que la conversación continuó, si bien cambiando de tema.

—¿Pensáis ir esta noche á la reunión del príncipe Buongiovanni?—preguntó el conde.—Para un extranjero será un espectáculo curioso, y os aconsejo que no dejéis de presenciarlo.

—Sí; tengo una invitación,—respondió Pedro;—y fué uno de mis amigos, el señor Narciso Habert, un agregado de nuestra embajada, el que me la proporcionó y quien debe además acompañarme.

En efecto, aquella noche debía celebrarse una fiesta

en el palacio Buongiovanni, en el Corso, una de esas raras reuniones de gran gala, de las que no se dan más que dos ó tres durante el invierno. Se decía que aquella iba á sobrepasar á todas en magnificencia, porque se celebraba en honor de los desposorios de Celia, de la princesita. De una manera brusca, el príncipe, después de haber dado unos cuantos cachetes á su hija, y de correr él mismo grave riesgo de tener un ataque de apoplejía, á consecuencia de una tremenda crisis de ira, acabó por ceder ante la mansa terquedad de aquella niña, consintiendo en que se casase con el teniente Attilio, hijo del ministro Sacco, y todos los salones de Roma, lo mismo los pertenecientes á la sociedad negra, que los de la sociedad blanca, estaban trastornados con la noticia.

El conde Prada se echó á reír otra vez.

—¡Ah! ¡Os aseguro que vais á presenciar un hermoso espectáculo! En cuanto á mí no puedo por menos de celebrarlo por mi buen primo Attilio que es, en realidad, un honrado y guapo muchacho. Y por nada de este mundo quisiera dejar de asistir á la entrada de mi querido tío Sacco, que al fin consiguió apoderarse de la cartera de Agricultura, en los antiguos y nobles salones de los Buongiovanni. El acto será verdaderamente extraordinario y soberbio. Mi padre, que lo toma todo en serio, me dijo esta mañana que no había podido pegar los ojos en toda la noche.

Callóse un momento para añadir enseguida:

—Son ahora las dos y media y no sale ningún tren hasta las cinco ¿no sabéis qué sería lo más acertado que podríais hacer? Pues sería volver conmigo en coche á Roma.

Pedro protestó.

—No, mil gracias de todos modos, pero como con mi amigo Narciso y no puedo entretenerme.

—Y no os entretendréis, todo lo contrario, saldremos de aquí á las tres y llegaremos á Roma antes de las cinco... No podéis figuraros que agradable es ese paseo al declinar el día, os prometo que vais á presenciar una espléndida puesta de sol!

Mostróse tan amable que Pedro no tuvo más recurso que aceptar dominado por tanta amabilidad y buen humor. Pasaron una hora muy agradable hablando de Roma, de Italia y de Francia. Subieron un momento á Frascati, en donde el conde tenía que ver á uno de sus destajistas. Y al dar las tres pusiéronse en camino, muellemente reclinados lado á lado en el coche y balanceados por el movimiento de éste arrastrado al trote ligero por los dos magníficos caballos. Era efectivamente delicioso aquel regreso á Roma á través de la inmensa y desnuda campiña, bajo el inmenso límpido cielo durante el declinar de aquel día apacible de otoño.

Al principio tuvieron que bajar muy deprisa las pendientes de Frascati por entre campos, viñedos y olivares sin fin. El enlosado camino formaba recodos y estaba poco frecuentado, no viéndose en él más que algunos aldeanos con sus usados sombreros de fieltro negro, un mulo blanco, un carretón tirado por un burro, siendo el domingo el único día en que aquello se animaba poblándose las tabernas yendo los artesanos acomodados á comer cabrito en los merenderos de los alrededores. En uno de los recodos del camino pasaron por delante de una fuente monumental y más adelante un rebaño entero de carneros les impidió el paso. Por último en el fondo de las leves ondulaciones de la rala campiña romana apareció á lo lejos Roma envuelta en

los violados vapores del atardecer y semejaba que se iba hundiendo poco á poco á medida que el coche iba bajando. Llegó un momento en que no se presentó al ras del horizonte más que como una delgada raya gris en la que apenas centelleaba alguna que otra blanca fachada iluminada por el reflejo del sol. Por último se hundió en tierra, bajo la ola de los infinitos campos.

A la sazón la victoria rodaba por la llanura dejando atrás los montes Albanos, mientras que, á derecha é izquierda, comenzaba la mar formada por las praderas y los rastrojos. Entonces fué cuando el conde inclinándose dijo:

—¡Mirad! Ved allá abajo... adelante... á nuestro hombre de esta mañana á Santobono en persona ¡h! ¡h! ¡Valiente mozo y como anda! A mis caballos les cuesta trabajo alcanzarle.

Inclinóse á su vez Pedro. Era efectivamente el cura de Santa María de los Campos, alto y nudoso, lo mismo que lo hubiesen tallado á hachazos y embutido en su larga sotana negra. Rodeado por la luz fina, por el claro sol que le inundaba de resplandor, formaba á manera de una mancha dura de tinta y seguía su camino con un paso tan regular y rudo que se parecía al Destino en marcha. Al extremo del brazo derecho llevaba colgando alguna cosa que no podía verse, un objeto que se distinguía muy mal.

Cuando al cabo le alcanzó el carruaje, dió Prada orden al cochero que pusiese los caballos al paso y entabló conversación con el cura.

—Buenos días, párroco, ¿qué tal vamos?

—Muy bien, señor conde, muchas gracias.

—¿A dónde vais corriendo con tanto ánimo?

—Voy á Roma, señor conde.